



Jake Arnott
Crímenes de película

«Divertida, rápida, inteligente y brutal.»
David Bowie

Roja & Negra

Crímenes de película

Corren los años noventa y el crimen es el último grito en Londres. El periodista Tony Meehan ha logrado controlar sus tendencias homicidas y malvive redactando las autobiografías de otros. Julie McClusky lleva toda la vida intentando alejarse de su herencia familiar criminal. Ir a ver *Pulp Fiction* con su novio parece un plan inofensivo hasta que este se empeña en escribir la historia definitiva sobre los gánsteres londinenses. Sus indagaciones suponen para Julie la oportunidad de averiguar de una vez por todas quién encargó la muerte de su mafioso padre años atrás. Mientras tanto, Gaz, un delincuente de poca monta pero con visión de futuro, acaba de salir de la cárcel. Con su instinto habitual para el dinero fácil descubre enseguida que el negocio está en la venta de pastillas de diseño a jovencitos. Durante una rave muere una chica y empiezan las complicaciones. Aunque no lo parezca, sus vidas están estrechamente vinculadas a un hombre: Harry Starks. Con *Crímenes de película*, Jake Arnott concluye magistralmente su trilogía dedicada al submundo gansteril de Londres de finales del siglo pasado.

Crímenes de película

Jake Arnott

Traducción de Ignacio Gómez Calvo

Roja & Negra

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Truecrime*

Primera edición: junio de 2011

© 2003, Jake Arnott

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2365-3

Depósito legal: B-13.037-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Crta. BV2241, Km. 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

GM 2 3 6 5 3

ÍNDICE

1. Escritores fantasma en el cielo	9
2. Clásicos Camp	35
3. Bajón en Essex	79
4. Paraíso fiscal	161
5. La canción del humo	217
6. Doble enjuiciamiento	261
7. Londres llama	295
8. La sesión de noche	313
9. La voz de la sociedad	343

1

ESCRITORES FANTASMA EN EL CIELO

En neolengua, la obsesión de la eufonía pesaba más que cualquier otra consideración, salvo la exactitud de significado. Si era necesario, siempre se sacrificaba la regularidad de la gramática en aras de la eufonía. Y con razón, ya que lo que se requería, sobre todo por razones políticas, eran palabras cortas y de significado inequívoco que pudieran pronunciarse rápidamente y que despertaran el mínimo de sugerencias en la mente del parlante. Las palabras del vocabulario B incluso ganaban en fuerza por el hecho de ser tan parecidas. Casi invariablemente estas palabras –*bienpensar*, *Minipax*, *prolealimento*, *sexocrimen*, *gozocampo*, *Ingsoc*, *corazonseñtir*, *pensarpol* y muchas otras– eran palabras de dos o tres sílabas con el acento tónico igualmente distribuido entre la primera sílaba y la última.

GEORGE ORWELL, 1984,
«Apéndice: Los principios de neolengua»

Transcripción de la conversación grabada entre Tony Meehan y Eddie Doyle
3-5-95

TM: ¿Te parece bien que empecemos?

ED: Sí, claro. Pero, oye, quiero hablar de cómo va todo el asunto.

TM: De acuerdo. Pero primero vamos a tratar ciertos temas.

ED: Es que... bueno... no estoy muy contento con algunas cosas, ¿sabes?

TM: Lo entiendo. Es un proceso difícil, pero vamos a ver si conseguimos grabar algo.

ED: Está bien. Bueno, ¿por dónde quieres empezar?

TM: Podríamos hablar del golpe de los lingotes de Hounslow, si te parece bien.

ED: Ah, eso (*risas*). Muy bien, pero hay cosas de las que no puedo hablar. Lo sabes, ¿no?

TM: Lo sé.

ED: No llegué a ver un solo penique de mi parte. Doce putos años. Mantuve la boca cerrada, ¿y para qué?

TM: Hablemos de lo que pasó ese día.

ED: El puto guardia de seguridad que teníamos dentro... En cuanto se olió problemas se rajó. Manda cojones. Perdona, ¿quieres hablar de ese día?

TM: Si es posible...

ED: Déjame contarte algo de aquel día. No teníamos ni puta idea de lo que habíamos trincado, de lo gordo que era. A lo mejor, si solo hubiéramos cogido lo que habíamos ido a buscar, si solo hubiéramos cogido el dinero, la cosa no habría acabado tan mal.

TM: ¿A qué te refieres?

ED: Estaba maldito, ¿sabes? El oro. Abrir aquella cámara acorazada fue como abrir la tumba de Tutankamón o algo parecido. Aquel oro nos maldijo.

TM: Oye, no es un mal enfoque para la historia.

ED: Y te diré algo más. ¿Sabes cómo es en esas películas cuando abren una cámara acorazada y se encuentran todos los lingotes muy bien amontonaditos y brillando de la hostia? Pues no fue así.

TM: ¿No?

ED: No. Estaban todos en cajas de cartón con cinta aislante alrededor. Como putas cajas de zapatos. No nos habríamos fijado en ellas si no hubiéramos tenido problemas para abrir la caja fuerte. Íbamos a por el dinero, ¿sabes? Si hubiéramos podido abrir aquella caja... Con el dinero habría sido fácil. Billetes usados, sin marcar. Y solo habríamos tenido que repartírnoslo después del trabajo. En cambio, acabamos con todo aquel oro. Y entonces fue cuando las cosas empezaron a ponerse feas.

TM: ¿Qué pasó con la caja fuerte?

ED: Tuvimos problemas para sacarles la combinación a los guardias. Estaban cagados, pero tal vez los acojonamos demasiado. No se podían concentrar.

TM: Bueno, les rociasteis sus partes con gasolina y amenazasteis con prenderles fuego.

ED: Ya, bueno. Un momento...

TM: Solo digo lo que pone en el sumario del juicio.

ED: Ya, bueno, pues hablemos de eso.

TM: Hablemos.

ED: Deja que te cuente lo de la gasolina. Estaba aguada. Aunque le hubiéramos acercado una cerilla no se habría encendido. Olía mucho para que ellos se lo tragaran. Pero de eso se trataba: de asustarlos para que nos dieran la combinación.

TM: Entiendo.

ED: Pues ahí es donde está el problema. ¿Sabes a lo que me refiero?

TM: No estoy seguro.

ED: A la forma en que estás contando mi historia. Parece que siempre te centres en las partes más desagradables y violentas. Como si yo fuera una especie de matón.

TM: Te aseguro que no intento hacer eso, Eddie.

ED: Y he leído algunas cosas que hacen que parezca... en fin... que tengo problemas para expresarme. Se supone que tú eres el escritor, joder. Da la impresión de que va a ser un libro muy cutre, ¿sabes?

TM: Bueno, al público le gusta el estilo brusco.

ED: Que le den al público. Quiero que mi historia se cuente como es debido.

TM: Los dos lo queremos, Eddie. Mira, estamos en los primeros días. Cuando lleguemos a la fase de edición podremos repasar eso, pero antes necesitamos grabarlo todo.

ED: Es como si solo te interesara la violencia y el escándalo.

TM: Bueno, eso es lo que va a hacer que se vendan libros, ¿sabes?

ED: Y todo el tema de Ruby Ryder.

TM: Ya hablamos de eso.

ED: No sé, Tony. No sé.

TM: Es el punto fuerte de tu historia. Al fin y al cabo, estuviste casado con ella.

ED: Pero está intentando relanzar de nuevo su carrera. Sé que no le hará ninguna gracia que vuelvan a remover su pasado.

TM: Oye, ¿podemos volver a la historia? Ya hablaremos de eso más adelante.

ED: No. Quiero aclarar esto ahora.

TM: Eddie...

ED: Para la cinta.

TM: Vamos con retraso, ¿sabes?

ED: He dicho que pares la puta cinta...

La cinta concluye.

—Ya está.—Apreté el botón de «stop». Eddie parecía a punto de agarrar la grabadora—. Está apagada.

—Muy bien.

Eddie se recuesta en su silla, se cruza de brazos y me lanza esa fulminante mirada suya tan ensayada. Una mirada que he visto en infinidad de maleantes y reincidentes.

—Bueno.—Suspiro, tratando de aliviar la tensión—. Pues entonces hablemos, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó él, encogiéndose de hombros de mala gana.

Supe que me esperaba otra sesión difícil, pero tenía que intentar hacerle hablar. Porque, bueno, esta no es mi historia. Yo soy al que se la cuentan, el que echa una mano.

Yo soy el fantasma. El escritor fantasma. El negro.

Una vez, estando ya borracho en una espantosa presentación de un libro y atrapado en una tediosa charla de esas de «¿Y tú a qué te dedicas?», respondí arrastrando las palabras: «Jinete fantasma». Me vino a la cabeza la vieja canción country «Ghostriders in the Sky», en la que unos vaqueros aúllan con cámara de eco, condenados a perseguir una manada espectral por el firmamento.

«Yippy-ay-oh, yippy-ay-eh.»

«Ghost writers in the sky.»

«Condenado» es la palabra correcta, como el holandés errante o el puto viejo marinero de Coleridge. Yo, Tony Meehan, periodista de sucesos durante veinte años para el *Sunday Illustrated*, antiguo director de *Murder Monthly* y autor de *Asesino de policías: la historia de Billy Porter* (saldado a la primera edición), estoy condenado a escribir en calidad de negro las repugnantes y jactanciosas memorias de delincuentes retirados para la editorial Groombridge. Y después de desperdiciar mi escaso talento literario a lo largo de décadas, estoy condenado a recrearme en infantiles juegos de palabras y perversas etimologías.

Aunque Eddie Doyle también parece muy capaz de hacer innecesarios ejercicios semánticos.

—El caso es que se supone que tú eres mi negro, mi escritor fantasma, pero yo soy el que se siente como un fantasma —dice—. No parece real.

Joder, un delincuente profesional poniéndose en plan existencial conmigo. Lo que me faltaba.

—Bueno, solo tenemos que encontrar el tono adecuado —contesto.

«Encontrar el tono adecuado.» Todos sabemos lo que eso significa: rebajarlo. El mundo de las historias de crímenes reales es un negocio sucio. Prefiero reelaborar el término en un com-

puesto: *crimenreal*. Al igual que *crimental* o *sexocrimen*, las palabras en neolengua de Orwell, el término *crimenreal* se me ocurrió a partir de la antigua lógica estalinista: la manipulación del vocabulario para garantizar el pensamiento correcto. Pero esta neolengua está impuesta no por un Estado totalitario, sino por la dictadura de mi editorial, Groombridge. «Crimen» y «real», palabras que en otra época se oponían tanto entre sí como «coartada» y «detección», ahora conspiran para crear bestsellers baratos. Me viene a la cabeza otra combinación de la neolengua, *prolealimento*, aunque hoy día, con el declive del proletariado, me parece que, en lugar de alimentar a las masas, solo les servimos material para consumo suburbano. La masculinidad convertida en fetiche, las historias de hombres duros con las que introducir sucedáneos de emociones en las aburridas vidas de oficinistas que viajan en transporte público. Mi trabajo como negro consiste, según mi jefe Victor Groombridge, en «encontrar el tono adecuado». «Haz que parezca auténtico.» Es decir, haz que este delincuente profesional inteligente, emocionalmente complejo y retorcidamente manipulador parezca un matón atractivo, un monstruo curioso.

—Sí, pero es mi historia —me dice en tono casi suplicante.

—Por supuesto —respondo, asintiendo esperanzado.

El caso es que el de Eddie Doyle parecía un encargo bastante sencillo cuando Victor Groombridge firmó un contrato con él y me lo pasó para que diera forma al proyecto. Ladrón de joyas, atracador de bancos y cómplice conocido de gran parte de los delincuentes más importantes del mundo del crimen. Encarcelado en 1983 por el golpe de los lingotes de Hounslow, pasó doce años a la sombra y jamás confesó adónde habían ido a parar los aproximadamente quince millones de libras. Pero uno de los mayores ganchos de su historia era que había estado casado con Ruby Ryder en los años sesenta y setenta. La carrera de Ryder había tenido más bajos que altos, pero en la actualidad su aura kitsch ha alcanzado una especie de estatus de culto. Se rumorea que le van a dar un importante papel en una telenovela. De modo que la his-

toria lo tiene todo: la iconografía criminal, los cotilleos del mundo del espectáculo, las historias de atracos... todo.

El problema es Eddie. Tiene sus propias ideas, demasiadas. Ha estado encerrado demasiado tiempo. Años de vacío llenos de chorradas, cortesía de un mal concebido plan liberal educativo en las cárceles. Ha leído demasiado. Y es dolorosamente consciente de que no es el autor de sus propias memorias. No le hace gracia que le hagan pasar por el aro. La mayoría de los delincuentes con los que he tratado están encantados de que te encargues de todo el trabajo. Se limitan a escupirlo todo gustosamente a la grabadora y dejan que tú hagas el resto. Cuando el libro se publica están tan contentos de ver su nombre en la portada, con una foto convenientemente amenazante, que se imaginan que lo han escrito ellos. Un buen negro jamás les hará creer lo contrario. Siempre es su libro. Tú te conformas con una parte de los derechos de autor y todo el mundo contento. Ellos no se acuerdan del dinero hasta que todo está zanjado. No se dan cuenta de que se la han metido doblada hasta que la partida ha acabado. Creen que la edición es una práctica de caballeros y no se dan cuenta de que se enfrentan a la forma más execrable de crimen organizado, de mentira organizada, hasta que es demasiado tarde. Pero, incluso sobre esto, Eddie hace preguntas.

—¿Qué hay del adelanto? —pregunta.

—¿Qué pasa con el adelanto?

—Pues que no he visto gran cosa.

—Ya te lo dije.

—Me dijiste que cobraría veinte mil. Solo he visto dos mil quinientas.

—Te dije que no lo cobramos todo de golpe. Una cuarta parte al firmar el contrato. Otra a la entrega. Otra con la edición en tapa dura. Otra con la edición en rústica.

La letanía familiar, los tejemanejes del negocio.

—Coño —exclama Eddie, furioso—. Y yo que creía que los gánsteres me habían dado por culo. Pero si es una cuarta parte, tendré que haber cobrado cinco mil al firmar, no dos mil quinientas.

—Ya te lo dije: todo va al cincuenta por ciento.

—Joder. Sí que os lo montáis bien. Tenéis un morro de la hostia.

—Oye, Eddie. Volviendo a lo del golpe de los lingotes, has dicho que el oro estaba maldito. ¿A qué te refieres?

—A que no estábamos a la altura para manejar aquello. Solo éramos una panda de rateros. Buenos, eso sí, los mejores del sudeste de Londres, pero rateros al fin y al cabo. Buscábamos un sustancioso botín de billetes usados que no nos dieran problemas. Pero ese oro... Cuando nos dimos cuenta de lo que teníamos entre manos, no podíamos creer en nuestra suerte. Y vaya si era cierto; ya lo creo que tuvimos suerte, una maldita mala suerte. Teníamos que buscar una forma de deshacernos de él. Y ya sabes lo que eso significa, ¿no?

—Dímelo tú.

—Significaba tratar con determinadas personas. Personas que pudieran vender esa mercancía. Y entonces fue cuando empezaron realmente los problemas. Había mucho más en juego de lo que nos pensábamos. Todo aquel oro precioso no tardó en mancharse de sangre.

—¿Quieres hablar de eso?

—Hum... No creo que sea buena idea.

—La cinta está parada.

—Mira, Tony, pasé doce años en la cárcel y mantuve la boca cerrada. No voy a empezar a cantar ahora, ¿no?

—Bueno, no tienes por qué dar nombres.

—¿Tan solo contar la historia?

—Parece una buena historia.

Y tenía algo especial. Una narración arquetípica, el tesoro que corrompía a los que lo encontraban, la muerte que se presenta en forma de oro. Como «El cuento del bulero».

—Oye, hablo en serio —insiste Eddie, alterándose aún más—. No quiero acabar con una bala en la cabeza, ¿sabes?

—No te preocupes —intento apaciguarlo.

—¿Que no me preocupe? —me interrumpe—. Déjame enseñarte algo.

Me conduce furtivamente hasta una ventana, se coloca a un lado y mira hacia abajo, a la calle. Apunta con la cabeza.

—¿Ves ese coche aparcado? No te acerques más a la ventana. ¿Lo ves?

—Sí.

—No te asomes. Ven aquí. ¿Lo ves? Mira a ese tipo. ¿Lo ves?

—No estoy seguro.

Intento verlo mejor, pero Eddie me echa hacia atrás.

—Que no, joder. Vamos, apártate de la ventana.

—¿Quieres decir que te están siguiendo? —le pregunto mientras volvemos a sentarnos.

Eddie asiente. Con una expresión resuelta en la cara. Paranoia, seguramente.

—¿Quién crees que es?

—No lo sé. Ahora que estoy fuera, ciertas personas podrían ponerse un poco nerviosas. Tal vez piensen que quiero mi dinero.

—¿Y es así?

—¿Qué?

—¿Quieres tu dinero?

Eddie sonríe.

—¿Tú qué crees? Pero no quiero que me maten. Esperaba ganar algo de pasta vendiendo mi historia, pero creía que iba a sacar un poco más por adelantado. ¿Dos mil quinientos? A lo mejor debería seguir dedicándome a lo que se me da bien.

—Bueno...

Eddie suelta una risotada seca.

—No te preocupes, Tony, me he quedado sin el jodido trabajo. Ya nadie roba bancos. Ahora todo es cuestión de drogas. El asunto de Hounslow... bueno, se suponía que iba a servir para retirarme. Mi golpe final. Y me lo quitaron todo.

—Entonces, ¿cómo vamos a contar la historia del golpe de los lingotes? —le pregunto.

Eddie suspira.

—Hasta que me metieron en la trena, supongo. Yo mantuve la boca cerrada, pero otros no. El tonto del culo del guardia, nuestro

maldito contacto dentro, se rajó. En cuanto le sacudieron un poco empezó a cantar.

—¿Puedo volver a encender la grabadora?

—Sí, pero no voy a decir una palabra de qué pasó con el oro. Y quiero que se cuente de forma inteligente, no como si fuéramos un hatajo de matones.

Después de la sesión, cuando salgo del piso de Eddie, paso por delante del coche que me ha señalado. No hay nadie dentro. Seguramente son imaginaciones tuyas. Es difícil adaptarse al mundo exterior después de tanto tiempo. Aun así, echo un vistazo rápido alrededor. No, nadie me está siguiendo. Una posibilidad mínima.

Una vida fantasma. Me dirijo a casa. «Yippy-ay-oh, yippy-ay-eh.» Nadie lo sabe. He conseguido controlarme todos estos años. No me han pillado.

Compro un ejemplar del *Evening Standard* junto al metro. El titular es: «EL CRIMINAL RONNIE KRAY MUERE CUMPLIENDO CONDENA». El primer párrafo reza: «El famoso criminal Ronnie Kray ha fallecido hoy en el hospital, dos días después de sufrir un colapso en el pabellón de Broadmoor. La policía ha informado de que Ronnie, de sesenta y un años, el más perturbado y peligroso de los temidos gemelos Kray, ha muerto a las 9.07 de la mañana...». La bestia ha muerto, eso será bueno para el negocio. Apuesto a que Victor ya está comprando a alguien, algún compinche o socio, para exprimir un poco más la vieja leyenda de los Kray.

Una vez en mi piso, escucho la cinta y repaso mis notas sobre Eddie Doyle. La vida de otra persona. Trato de imprimir cierto entusiasmo a este libro. Me gusta la idea del tesoro maldito, hay algo de alegórico en ello. Sin embargo, Victor querrá que lo escriba según la fórmula del *crimenreal*.

Crimenreal es una bestia de dos lomos. Adopta básicamente dos formas. Están los asesinos crueles, los destripadores, los criminales sexuales, los asesinos múltiples; el *crimensexual*, si se prefiere. Luego están los gánsteres, los maleantes, los socios de los Kray. Todos

amontonados en ese rincón furtivo de la librería, una sección que se está ampliando; el *crimenreal* está en auge. A Victor Groombridge le ha ido muy bien con el género. Pero el libro de Eddie lleva mucho retraso y no está muy contento conmigo. Mañana voy a comer con él.

No es que yo esté muy interesado en las memorias de delinquentes, pero tomé la decisión consciente de trabajar en ese campo en lugar de investigar a los asesinos más espantosos. Bueno, consciente... Si conocieras mis tendencias, entenderías por qué me pareció menos peligroso trabajar en ese ámbito. Para mí era una tentación demasiado grande abandonarme a la rama *crimensexual* del *crimenreal*.

No he matado a nadie desde hace casi diez años, pero me pareció prudente evitar todo aquello que pudiera despertar mis deseos latentes.

Además, el extremo de esa vertiente criminal corre el peligro de volverse respetable. Gordon Burn, Brian Masters, Gita Sereny. Es todo ese rollo moderno sobre la psicología. Colin Wilson tiene la culpa de esa obsesión existencial por el yo. Naturalmente, yo creía en todo eso. Pero eso fue antes de convertirme en asesino.

Ahora todo el mundo está obsesionado con la figura del «asesino en serie». En mis tiempos era más directo: «asesinos múltiples», los llamábamos. Pero en los años ochenta la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI introdujo un nuevo paradigma de *crimenreal*. Perfiles psicológicos, firmas de los criminales, victimología. Sin embargo, esta nueva «ciencia» tiene un tufo a literatura vulgar. Robert Ressler, el especialista en perfiles criminológicos del FBI, afirma que para acuñar el término «asesino en serie» se inspiró en los dramas baratos. «Cuando pienso ahora en aquel momento —se le atribuye haber dicho—, creo que también tenía en mente las aventuras en serie que solíamos ver los sábados en el cine.» La insatisfacción producida por las películas de suspense con finales que aumentan la tensión en lugar de disminuirla. Sin duda, eso es lo que mantuvo enganchados a los lectores de *Murder Monthly*. Y ese nuevo enfoque de psicología pop se ha convertido a su vez en

fuente de inspiración. En 1993, un psicópata bastante sórdido llamado Colin Ireland ligaba con homosexuales masoquistas en el bar gay The Coleherne de Earls Court, los llevaba a sus casas y los estrangulaba. «JACK EL MANOSEADOR», lo llamó *News of the World*. Al *Sunday Illustrated* se le ocurrió un nombre mejor: «EL EJECUTOR SARASA». A Sid Franks, el redactor jefe en mi época, le habría encantado. Durante un tiempo su figura me intrigó, ya que su *modus operandi* me resultaba muy familiar, muy similar a las circunstancias en que yo había estrangulado a un homosexual en 1966.

Resultó que el Ejecutor Sarasa estaba de hecho inspirado por el libro de Ressler sobre asesinos en serie y, además de los útiles conocimientos forenses que había adquirido en la ejecución de sus crímenes, su máxima aspiración era entrar a formar parte de esa categoría sagrada. Una vez que superó el número de muertes exigido, estuvo listo para retirarse. «He leído muchos libros sobre asesinos en serie —afirmó en una llamada telefónica a la policía—. Creo que el FBI los considera como tales a partir de la cuarta víctima, así que ahora que he matado a cinco ya puedo parar.» Garantizada su celebridad en la prensa amarilla, se había realizado a sí mismo con la ayuda de los conocimientos del *crimenreal*. Autoayuda para asesinos en serie.

Pero yo he logrado controlarme. Después de todo, nunca he sido de los que se dejan llevar. Y no hay nada que me relacione. Todos mis crímenes son ahora casos cerrados. De hecho, eso es en lo que me he convertido: un caso cerrado. Estoy tan acabado como ellos. Me acuerdo de todos mis pecados, pero no me queda gran cosa dentro. No me queda ningún deseo de actuar, salvo el de observar y dejar constancia. Y me consuelo con este dato: no soy un asesino en serie. Ni por tendencia ni por estadística. Recuerda, solo maté a tres personas. Al marica de Earls Court, a la puta de Shepherd Market y a Teddy Thursby. Y, por supuesto, la «victimología» de lord Thursby de Hartwell-juxta-Mare no encaja en el perfil. No disfruté retorciendo su cuello flácido. No, demonios. Ahí no hubo *crimenreal*. El *Manual de clasificación del crimen* del FBI define

claramente mi oportunista estrangulamiento de Teddy Thursby como: «108.02 Homicidio calificado situacional. El delito contra la propiedad (robo, allanamiento de morada) es la principal motivación del homicidio calificado, mientras que el asesinato es una motivación secundaria». Lo maté por sus diarios. En mi provecho. Aunque, en cierto modo, la obtención de esos diarios es comparable a conseguir «un fetiche de la víctima», como en todas esas novelas sobre asesinos en serie. Después de todo, tengo muchas cosas de él en mi posesión.

Los diarios de Teddy Thursby... oh, sí, todo un pequeño tesoro en palabras. Por supuesto, no puedo explotarlos a fondo; es decir, no públicamente, porque eso me incriminaría. Pero, por otra parte, prefiero que no se publiquen y sean escudriñados por las masas ávidas. Son míos. También son una maravillosa obra de consulta, si bien incompleta. Thursby y Julian, su «biógrafo oficial», destruyeron parte del material más perjudicial cuando trabajaban en esa terrible limpieza de imagen que iban a ser sus memorias. Pero todavía quedan muchos escándalos e ignominias registrados por la pluma envenenada de ese viejo y depravado aristócrata. Especialmente las entradas de los años sesenta; por aquel entonces Teddy se codeaba con gente de la más baja ralea. Datos sobre el mundo del hampa que me podrían ser muy útiles en lo que estoy trabajando ahora; nunca se sabe. Estoy seguro de que incluso hay una referencia al golpe de los lingotes de Hounslow en alguna parte.

El de Thursby fue definitivamente mi último asesinato; creo que finalmente me curé al estrangularlo. Era un medio para conseguir un fin; no me empujaba una pasión frenética, ni disfruté con ello. De hecho, me repugnó bastante. No, lo que de veras me entusiasmó fue robar esos diarios. Estaba robando una vida, lo que siempre había deseado. Con ese montón de maltrechos diarios en mi poder, caí en la cuenta de que en realidad no era un asesino. Era un biógrafo.

Mi primer libro sobre Billy Porter, el célebre asesino de policías de Shepherd's Bush, debería haber sido mi gran oportunidad. La historia había sido mía desde el principio. Victor Groombridge me

lo encargó, pero discutimos durante mucho tiempo por el manuscrito. Estaba «sobreescrito», dijo, sea lo que sea lo que eso signifique. Él quería un relato chabacano y sensacionalista, pero yo sentía que en esa historia había algo más profundo. Nuestras discusiones se volvieron muy acaloradas, y llegó un momento en que Victor dijo: «No puedo creer que conviertas un material fantástico en algo tan aburrido y farragoso». Al final llegamos a un acuerdo y el libro se publicó, pero no se vendió y Victor me echó la culpa.

Así que acabé trabajando de negro para él, lo cual está bien, pero no puedes tener el control sobre el tema que yo realmente busco. El libro con Eddie empezó siendo algo prometedor; al menos, él es inteligente y se expresa bien, no como algunos de los matones imbéciles para los que Victor me ha hecho escribir. Por supuesto, eso hace que sea difícil ofrecerle el tratamiento estándar de la editorial Groombridge. Entre eso y los otros problemas que hemos tenido, no sé cómo va a salir este libro.

La cinta de Eddie y mis notas plantean gran cantidad de teorías sobre lo que fue del botín y cómo se colocó: blanqueo de dinero, turbios comerciantes de oro, fraudes bancarios en paraísos fiscales, etcétera. Algunos hombres de negocios corruptos y gánsteres fueron encarcelados por comerciar con material robado, pero había rumores de una operación internacional coordinada a gran escala. Varios asesinatos y desapariciones relacionados con el golpe de los lingotes. Aunque me gusta la idea del poder destructor y corruptor del dinero, no estoy seguro de cómo voy a hacer que funcione como historia.

Estoy harto de todo. Estoy cansado de tener que ganarme la vida a duras penas trabajando de escritorzuelo. Eddie Doyle dijo algo del asunto de los lingotes: «Iba a ser mi último golpe, después me iba a retirar». Supongo que todos soñamos con eso, con poder descansar. Yo también estaba deseando jubilarme hasta que descubrí lo que me iban a dar con el inútil plan de pensiones con el que me timaron y que contraté en los años ochenta. Nada de nada. Me horroriza pensar que vaya a quedar a merced del Estado en la vejez.

Necesito otra oportunidad de escribir un libro como es debido. No unas memorias escritas para otra persona, sino algo que consolide mi reputación, algo que se venda. Un clásico del género del *crimenreal*, algo importante y definitivo como *The Profession of Violence*, de John Pearson. Eso es lo único que deseo ahora, pero ¿volveré a tener otra oportunidad?

Hora de ir a la cama. Me cepillo los dientes y me miro al espejo. Un marica viejo y feo. Pero no soy un monstruo. ¿O sí? Mis crímenes no fueron tan graves. Los muertos no se han perdido gran cosa. Pienso en todo ese oro maldito y en todos esos muertos por su culpa, y me entra cierta excitación. No sé por qué. Me he mantenido limpio todos estos años, ¿y para qué? Una vida de fantasma, un monstruo en cautividad, un espécimen en un tarro. Una cara en el espejo. Todo eso del perfil psicológico es un poco como un retorno a la noción del criminal que Cesare Lombroso expone en *L'uomo delinquente*. La fisonomía, las señales externas en las que podemos leer la culpabilidad. Pero mi cara no revela nada.

Me limpio un poco de pasta de dientes de la barbilla. Apago la luz.

Almuerzo con Victor. El mundo editorial se mueve por el estómago. Si hay algún contratiempo, un asunto que discutir, una fecha límite acuciante, un problema con un manuscrito, pasan a la acción y se sientan a comer. Victor Groombridge había sido el cronista de sociedad del *Sunday Illustrated* antes de establecerse por su cuenta. Era conocido por su astucia para comprar a la gente y sacarle una historia rápidamente. Le cuento mi enfoque del asunto de Eddie Doyle. No le impresiona.

—¿El puto cuento del bulero? ¿De qué me estás hablando?

—Bueno, es una historia universal de cómo corrompe el dinero. Es como una parábola.

—Hazme un favor, Tony, abandona todas esas putas pretensiones literarias, ¿quieres? Ya llevamos retraso tal como están las cosas.

—Solo pensé que eso podría dar algo de forma a la historia. Él

no quiere dar los nombres de los que se deshicieron del oro, así que pensé que si añadíamos un elemento moral a la historia, bueno, podría servir de gancho.

Victor suspira y sacude la cabeza.

—No quiere dar los nombres de los que participaron en el golpe, no quiere sacar trapos sucios sobre Ruby Ryder... Dime, ¿de qué habéis estado hablando todo este tiempo?

—Bueno, su historia no es precisamente fácil de escribir. Y entiendo su postura en el asunto de los lingotes. Ha habido más de un asesinato relacionado con ese golpe. Pero él quiere contar su historia. Solo que está un poco susceptible respecto a la imagen que se dé de él.

—Ya, ya. Mira, por mucho que queramos dar una perspectiva re-
dentora y moral a la historia, cómo me rehabilité y me saqué un título de sociología o lo que sea, eso no vende. El público quiere monstruos adorables. Monstruos impolutos.

—Sí, ya.

—Y ahora que Ronnie Kray ha estirado la pata, es el momento perfecto. El final de una época y todas esas chorradas. Tiene que haber mucha gente dispuesta a soltar todo ese rollo nostálgico a cambio de pasta. Si la cosa no funciona con Eddie Doyle, a lo mejor, no sé, deberíamos dejarlo.

—¿Quieres decir...?

—Bueno, ya vamos con mucho retraso y Eddie no está colaborando demasiado, ¿no?

—No, ya, pero...

—Quiero algo para finales de mayo o nos olvidamos del asunto.

No sé qué decir. Tengo ganas de mandarlo a la mierda, pero necesito el trabajo. Necesito el dinero.

—Victor... —empiezo a decir.

—Sigue trabajando, Tony. Te preocupas demasiado por tonterías. Límitate a hacer de negro.

—¿Así que crees que solo sirvo para eso?

Victor suspira y mueve la cabeza con aire cansino. Seguimos comiendo un rato sin hablar.

—Mira —dice Victor finalmente—, al menos llévalo al funeral.
—¿Qué?
—A Eddie. Que lleves a Eddie al funeral.
—¿Qué funeral?
—El de Ronnie Kray, cuál va a ser. Conseguiré a un fotógrafo. Va a ser el evento social más importante del calendario de los criminales retirados. Él tiene que dejarse ver. Tú consigue que aparezca con unos cuantos gánsteres de los sesenta. Eso quedará bien. E intenta hacerle hablar de Ruby Ryder.

De modo que una semana después estábamos entre el grupo de reporteros situados frente a Saint Matthew, en Bethnal Green. El funeral de un monstruo, con el jardín de la iglesia rebosante de viejos ex presidiarios y jóvenes aspirantes. Una falange de gorilas, la flor y nata de los porteros de Londres, formaban una guardia de deshonor alrededor de la verja de entrada. Un helicóptero de la policía zumbaba en lo alto. Llegó el vehículo fúnebre. Un carruaje negro y dorado de laterales acristalados, tirado por seis caballos con penachos negros. Kitsch victoriano, como a él le habría gustado. El último héroe del imperio. Coronas y ofrendas de flores al patriarca de los psicópatas: «RON» y «EL CORONEL». Una de Reggie, su hermano gemelo: «A LA OTRA MITAD DE MÍ», como una expresión floral de esquizofrenia.

Yo estaba allí con Eddie Doyle, un doliente reacio. «Nunca tuve nada que ver con los Gemelos», protestó. Pero Victor insistió: «Consigue una foto de él con otros delincuentes famosos. La reputación, eso es lo importante». Y, efectivamente, nuestro fotógrafo Geoff andaba por allí cerca colocando pacientemente una pequeña escalera plegable de aluminio para obtener un buen ángulo por encima de la multitud.

También estaba con nosotros Piers, un joven periodista que trabajaba en la última apuesta editorial de Groombridge, la revista *Sorted*. *Sorted* va dirigida a lo que Victor me asegura que es un nuevo segmento de mercado en crecimiento: el «nuevo chico». Yo no

tengo ni idea de lo que eso significa. Al parecer, tiene que ver con la posmodernidad y el posfeminismo. Es «irónico», según Piers. Pues a mí me suena a neolengua.

El tal Piers estaba de lo más excitado. Todos esos tipos duros le ponían cachondo. Sus vocales indolentes de colegio privado resonaban monótonamente en mi oído, deseoso de que pusiera nombre a aquellas caras. Sí, los conozco. Sí, Piers, ese es Frankie Fraser el Loco.

Dirigió su grabadora hacia Eddie.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Eddie? —dijo, apuntando el pequeño aparato hacia él.

—¿Eh?

Eddie parecía distraído, mirando a su alrededor, un poco nervioso.

Empezaba a preocuparme por Eddie y su paranoia. Todavía está convencido de que lo siguen y no está acostumbrado a esa clase de aglomeraciones. Cumplió toda su condena aislado en una cárcel de máxima seguridad. Una hora aproximada de patio o de trato con otros presos no te prepara precisamente para algo así.

—¿Qué opinas? —continuó Piers—. Es el final de una era, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes, la vieja escuela del crimen. Los códigos de honor y esas cosas.

Eddie hizo una mueca y se volvió hacia mí.

—¿De qué coño habla este gilipollas? —me preguntó.

Piers soltó una risita nerviosa.

—Oh, eso es bueno —afirmó—. Puede que lo use.

Geoff se tambaleaba sobre la escalera, mientras enroscaba un enorme objetivo en su cámara.

—Cuando usted diga, jefe —me avisó.

La idea era conseguir que Eddie se acercara a la puerta de la iglesia, pero este permanecía vacilante, contemplando la multitud.

—Joder —murmuró—. Mira toda esa gente. Parece el puto *Parque jurásico*.

—Vamos, Eddie —lo apremié—. Necesitamos que te acerques a la entrada.

Todo estaba arreglado. Eddie había recibido una invitación. Flanagan, una rubia que había sido habitual de las páginas de desnudos de los periódicos sensacionalistas, se encargaba de controlar la lista de invitados, y su nombre figuraba en ella. Lo único que teníamos que hacer era conseguir que se acercara a la puerta, a través del gentío, y entonces Geoff podría empezar a hacer fotos. Le di un golpecito a Eddie en el hombro.

—Espera —dijo—. Mira.

Estaba observando a alguien entre la multitud. Traté de distinguir de quién se trataba, pero solo veía una masa de caras solemnes. Él señaló con la cabeza a alguien.

—Allí —me susurró bruscamente.

—¿Qué? —dije, procurando no parecer impaciente.

La verdad es que me daba igual a quién estuviera mirando. Necesitaba que se pusiera en marcha.

—Vamos, Eddie —le rogué, esperando animarlo—. Es el momento.

—Un segundo —insistió él—. Es...

Le tiré de la manga. Estaba en una especie de trance o algo parecido. Se dio la vuelta un instante con cara de incredulidad. Pensé que había captado su atención, pero en ese preciso momento llegó Reggie Kray, esposado a un funcionario de prisiones. La multitud pareció despertar de repente y empezó a avanzar en tropel.

—Joder, no me lo puedo creer —exclamó Eddie, y miró hacia atrás—. Es...

El gentío empujaba hacia la iglesia, mientras los porteros contenían a todo el mundo, manteniendo el camino despejado para Reggie y los demás asistentes. Tenía que conseguir que Eddie se acercara hasta allí, pero él se estaba abriendo camino en la otra dirección, contra el avance impetuoso del gentío.

—¡Eddie! —grité tras él.

Lo observé dirigirse hacia alguien que permanecía quieto en medio de la muchedumbre en movimiento. Un hombre robusto, con el cabello peinado hacia atrás; me recordaba a alguien, pensé en ese momento, pero también me lo recordaban muchos de aquellos dinosaurios. Un careto familiar. Pero el jardín estaba lleno de

ellos. Recuerdo ver cómo una sonrisa resquebrajaba su cara de granito al percatarse de que Eddie trataba de llegar hasta él. Entonces se dio media vuelta y se alejó. Eddie seguía intentando abrirse paso a empujones para alcanzarlo.

Mierda.

El cortejo fúnebre estaba entrando en la iglesia y yo estaba perdiendo de vista a Eddie. Geoff me gritó desde arriba.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde ha ido ese tío?

—Quédate ahí —dije, al tiempo que me montaba en la escalera—. Voy a subir.

—¿Qué? Espere un momento, no creo que esto vaya a soportar el peso de los dos.

—No te preocupes. Tú aguanta.

Trepé. La escalera crujió y se balanceó un poco, pero llegué a lo alto y me agarré a Geoff.

—Tranquilo, jefe —se quejó.

Escudriñé a la multitud. Alcancé a atisbar al hombre al que Eddie perseguía. Estaba rodeando una furgoneta de una cadena de televisión aparcada al otro lado de Saint Matthew's Row. Se lo señalé a Geoff.

—Aquel tío —dije.

—Sí, ¿qué?

—¡Hazle una foto!

La escalera volvió a tambalearse mientras Geoff se esforzaba por conseguir una buena instantánea. De repente entendió mi urgencia y disparó una ráfaga de fotografías, su cámara zumbando furiosamente. Me agaché para equilibrar la escalera un instante, y acto seguido me levanté para ver cómo Eddie salía de entre el gentío y miraba a su alrededor. Vi que divisaba al hombre al que estaba siguiendo y que se dirigía hacia él.

—Allí está Eddie —le dije a Geoff—. Intenta sacarlos a los dos juntos.

Los dos hombres se quedaron mirándose un instante, mientras Geoff seguía disparando fotos. Entonces uno de los Daimler de la funeraria se deslizó lentamente entre ellos. Cuando pasó, Eddie es-

taba solo. El otro hombre había desaparecido. Eddie miró a su alrededor, luego se encaminó hacia Bethnal Green Road y, al poco, también lo perdimos de vista.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Geoff.

—No lo sé. Pero desde luego no es lo que estaba planeado. Bajemos de aquí antes de que nos partamos el pescuezo.

Bajamos.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora, jefe?

Suspiré.

—No lo sé. Esperar a que acabe y empiece a salir la gente. Puede que entonces consigamos algo.

No confiaba demasiado en ello. Victor iba a ponerse furioso. Las exequias estaban en plena celebración. Por el sistema de megafonía de la iglesia podían oírse los compases de Frank Sinatra cantando «My Way».

Cuando todo acabó y el cortejo fúnebre, una extensa columna de Daimlers llenos de reincidentes, se dirigía al cementerio de Chingford Mount, Eddie entró tambaleante en el jardín de la iglesia. Estaba muy colorado y le faltaba el aliento.

—Bueno —dije—, por ahí va nuestra oportunidad de conseguir fotos.

Eddie se limitó a mirarme sin comprender.

—¿Estás bien? —preguntó Geoff, alzando la vista mientras guardaba su equipo en la bolsa de la cámara.

—Sí, sí —murmuró—. Lo siento, tíos.

—Eddie, ¿de qué coño iba todo eso?

Me hizo un gesto con la cabeza para que me apartara un poco, fuera del alcance del oído de Geoff y Piers. Eddie recobró el aliento.

—Era él —susurró, como hablando consigo mismo—. Estoy seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... puede que eso fuera lo que estaba pasando. El que me ha hecho seguir. Tendría sentido. Él también quiere saber adónde ha ido a parar toda la pasta que desapareció.

—¿Quieres decirme de qué cojones estás hablando?

—Ese tío. Al que estaba persiguiendo. Era Harry.

—¿Qué?

—Starks —susurró, abriendo mucho los ojos con mirada de loco—. Era el puto Harry Starks.